

Miguel Alberto Guérin
Universidad Nacional de La Pampa

**DISCURSO HISTORICO Y DISCURSO FICCIONAL
EN LA ARGENTINA DE RUY DIAZ DE GUZMAN**

Río de la Plata (Centro de Estudios de Literaturas
y Civilizaciones del Río de la Plata -CELCIRP-, París),
nº 11-12 (1990), pp. 67-76.

Discurso histórico y discurso ficcional en *La Argentina*, de Ruy Díaz de Guzmán

Miguel Alberto Guérin (La Pampa-Buenos Aires)

Un «cuento ridículo». Así calificó Félix de Azara, en su *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* (1847), el texto de los capítulos once y trece, del primer libro de los *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata* (La Argentina), que Ruy Díaz de Guzmán fechó en la ciudad de La Plata, en 1612. En este texto se narra cómo Maldonada, una mujer española llevada por el hambre, abandonó la fortificación fundada por don Pedro de Mendoza a orillas del Río de la Plata, para irse con los indios en busca de alimentos, y cómo, antes de encontrarlos, dio con una leona que, en agradecimiento por haberla asistido en los trabajos del parto, la alimentó y le conservó la vida, cuando los españoles castigaron su huida del fuerte y el haberse convertido en mujer de un indio, exponiéndola a las fieras.

Para Azara se trata de un cuento, porque este texto responde al deseo de su autor de «exagerar» el hambre que se padeció en la primera Buenos Aires y de «acriminar injustamente» a Francisco Ruiz Galán, el gobernador interino. Lo infiere de «contradicciones y suposiciones falsas», incluidas en el texto, de las que solo explicita que no pudo haber sido el hambre lo que hizo huir a Maldonada, ya que «la caza era tan abundante, que bastaría para alimentar a todos, y el pescado lo mismo».¹

Un historiador critica el texto de otro historiador, del que se

sirve como fuente, y logra detectar segmentos que no pertenecen, según él, a la historia sino a la ficción.

Páginas antes, Azara reescribe el capítulo séptimo de la primera parte de los Anales de Ruy Díaz de Guzmán para narrar cómo los amores del cacique timbú Mangore por Lucía Miranda, otra mujer española, provocaron la destrucción de otro fuerte, el fundado por Sebastián Gaboto, y cómo, más tarde, otro cacique, Siripo, hermano del anterior, que la había convertido primero en su esclava y luego en su mujer, movido por los celos causados por las relaciones que Lucía no pudo dejar de mantener con su antiguo esposo, el español Sebastián Hurtado, les impuso, a ambos, formas distintas de antiguos martirios. En este caso Azara no duda de la historicidad del texto que incorpora, porque un tal Domingo Ríos, heredero de las tierras donde se levantó el fuerte, que todavía entonces se llamaban Rincón de Gaboto, se lo había repetido tal cual él lo había leído, «diciendo haberle oído contar muchas veces a su madre, que murió muy vieja». Para mejores pruebas, el mismo Ríos le «mostró el sitio preciso donde murió Lucía con su esposo, en el bosque de Bragado, a la orilla del riacho de Coronda, como una legua al norte de la capilla de este nombre».²

En el caso de Maldonada, Azara niega historicidad al texto de los Anales de Ruy Díaz de Guzmán, mediante una confrontación de la secuencia lógica de la narración con características de un medio físico que conocía por su propia experiencia. En el caso de Lucía Miranda, confronta la narración toda con un relato oral, mediante el cual convierte un medio físico, también por él conocido, en un paisaje cultural probatorio de lo referido en el texto.

En ambas ocasiones se duda frente al texto que se reescribe, y esa duda destaca la distinción que se hace entre el texto y una realidad externa que el texto puede o no referir. Para Azara entonces, es tarea inexcusable del historiador, a la que, por cierto, el creador de ficciones no está obligado, producir un texto que refiera puntualmente una realidad ya perfecta cuando comienza a escribir; si no cumple con ese cometido, el historiador escribe cuentos y no historias.

Si se parte de la distinción establecida por Azara —historia o cuento, referente real o inventado—, es posible ordenar las actitudes asumidas frente a estos textos en cuatro grandes grupos.

En primer lugar distinguimos a los historiadores que los acepta-

ron como históricos y los reescribieron como tales. El padre François-Xavier de Charlevoix, en su *Historia del Paraguay* (1756),³ el padre José Guevara, en su *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (1758-1767),⁴ Juan Francisco Aguirre, en su *Discurso histórico* (1793)⁵ y el propio Félix de Azara, en sus *Viajes* (1809),⁶ publicaron, sin agregados ni consideraciones, la historia de Lucía Miranda. Los tres últimos omitieron la de Maldonada, Azara ya sabemos por qué, Guevara y Aguirre posiblemente debido a su menor peso en la organización narrativa de los primeros momentos de la conquista del Río de la Plata, ya que la historia de Lucía Miranda proporcionaba la única explicación de la destrucción del fuerte de Gaboto disponible por entonces, mientras que el hambre padecido en el asentamiento de Mendoza estaba también ilustrado por otros fragmentos de los Anales y del texto de Schmidl; pero, principalmente, porque lo en ella narrado resultaba menos creíble para la sensibilidad del siglo dieciocho.

En segundo lugar ubicamos a los historiadores que aceptaron los textos de Guzmán como históricos y los reescribieron como ficcionales.

Sólo sesenta años después de escritos los Anales, el padre Nicolás del Techo, al reescribir ambos textos en su *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús* (1673),⁷ utiliza comparaciones destinadas a evidenciar la intertextualidad de los textos que reelabora. Para él, Sebastián Hurtado murió asaeteado «como si representara el santo de su nombre» y el agradecimiento de la leona hacía Maldonada renueva «aquel célebre caso que se cuenta de los tiempos antiguos». Techo también agrega moralejas, por lo general ausentes de los fragmentos laicos de su Historia, con las que evidencia que percibió las narraciones de Ruy Díaz como entidades autosuficientes y por lo tanto escindibles del resto. Por consiguiente, el relato de los amores de Hurtado y Miranda, desvinculado de la destrucción del fuerte de Gaboto, queda como ejemplo de «cuánto dista, muchas veces, nuestro destino de las esperanzas que concebimos»; y la historia de Maldonada aislada del hambre en la primera Buenos Aires, sirve para afirmar que el rigor del castigo que se le impuso, permitiría, de continuar usándose entonces, que no quedarán «impunes muchos delitos».

La orientación de Techo se refuerza en la *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (c. 1733)⁸, del

padre Pedro Lozano, quien también vincula la muerte de Sebastián Hurtado con el martirio de San Sebastián y, además, compara a Mangoré con el «alevoso Sinón», porque, mediante los «bastimentos» que ofreció, logró franquearse el acceso al fuerte de Gaboto. Por su parte, la Lucía que la destrucción del fuerte permitió cautivar, le recuerda a Helena, cuyo rescate acabó con las vidas de los troyanos, y la Lucía que, ya esclava, resistió los asedios de Siripo, se le presenta como una «Lucrecia española». De lo dicho surge que la reescritura de Lozano desvincula las historias de la secuencia narrativa de Ruy Díaz de Guzmán, con decisión mucho mayor que la de Techo, lo que se manifiesta aún más en el caso de las moralejas. Para Lozano, la historia de Lucía Miranda es una «funesta y lamentable tragedia» que el demonio, movido por «su odio mortal al género humano» urdió «para borrar el nombre cristiano» del «imperio que poseyó sin contradicción tantos siglos». A su vez, las consecuencias derivadas de haber franqueado el fuerte a Mangoré deben recordar a los españoles «cuán poco se debe fiar de bárbaros recientes amigos». Finalmente, la leona echada a los pies de Maldonada enseña «a los mortales a ser agradecidos con los que hacen bien» y reprende «a los que fácilmente olvidan los favores recibidos» o «retornan los beneficios con agravios».

Las reescrituras de Techo y Lozano no cuestionan la verdad de estas historias, no dudan de la realidad de sus referentes, pero, a través de las indicaciones de intertextualidad y de la voluntad de introducir en ellas una dimensión moralizante, tienden a aislarlas de su secuencia narrativa y, por lo tanto, a conferirles un carácter universal y atemporal, con lo que, simultáneamente, las orientan hacia un destinatario diferente del destinatario del texto original. Ruy Díaz de Guzmán presentó al Duque de Medina-Sidonia, a quien dedicó sus *Anales*, y a los españoles metropolitanos, los destinatarios naturales de su texto, una mujer real, Maldonada, que él conoció y cuyo «suceso» narra para mostrar que el gobernador, al aplicar el castigo, no tuvo en cuenta la necesidad, el verdadero motor de la falta, y que, en consecuencia, fue injusto, cometió un acto de mal gobierno colonial, hecho «digno de memoria» en un texto que «trata de nuestros españoles, que con valor y con suerte emprendieron aquel descubrimiento, población y conquista». El lector de historias laicas, enaltecedoras de la gesta de una nación, se ve, en consecuencia, sorprendido por una reescritura moralizante, casi hagiográfica.

En tercer lugar ubicamos a los historiadores y críticos que consideran literarios estos textos de Ruy Díaz de Guzmán, por considerar que sus referentes son ficcionales; los relaciona la euforia resultante de haber descubierto la posibilidad de una historia colonial exclusivamente basada en documentos de archivo. En 1892, Eduardo Madero, en su *Historia de puerto de la ciudad de Buenos Aires*,⁹ advierte que, en los documentos que hizo copiar en el Archivo de Indias, el nombre del capitán a cargo de la fortaleza de Gaboto es Gregorio Caro y no Nuño de Lara, nombre, este último, que no aparece, como tampoco Lucía Miranda ni Mangoré ni Siripo, y que los principales caciques circunvecinos se llamaban Aneya y Bozén. Basado en esto, Madero afirma que Lucía Miranda es «la primera novela» escrita en América y que «si no tiene el mérito de ser histórica tiene a lo menos el de haber inspirado el Siripo de Labardén y el Tabaré de Zorrilla de San Martín». Dieciséis años más tarde, José Toribio Medina, en *El veneciano Sebastián Gaboto al servicio de España*,¹⁰ repite el argumento de los nombres. Al señalar que Lara, Miranda y Hurtado pertenecen a una lista de once compañeros de Gaboto mencionados por Díaz de Guzmán, ninguno de los cuales, sin embargo, «se encuentra entre los documentos», se queda sin recursos explicativos, y se limita a decir que «no es fácil atinar de dónde sacó semejantes nombres».

En 1914, Paul Groussac, al editar los *Anales* de Ruy Díaz de Guzmán, cita a estos autores para subrayar la oposición entre la realidad, que se «desprende» de «instrumentos jurídicos, absolutamente inatacables» y «el novelón inventando por Ruy Díaz de Guzmán».¹¹ Nuevamente, como en Azara, la tensión entre el texto y una realidad, perfecta e inmutable, se resuelve mediante una instancia externa al texto, en este caso otro tipo de textos, a la que se atribuye una vinculación inmediata con esa realidad.

Finalmente, el cuarto conjunto es el de los historiadores y críticos que consideran históricos estos textos a pesar de creer que sus referentes son total o parcialmente ficcionales. En *La literatura argentina* (1917-1922), Ricardo Rojas se opone explícitamente a la posición de Groussac, mediante un argumento basado en la intencionalidad del escritor. Rojas acepta que el referente no es real y que, en consecuencia, se trata de fábulas, pero Ruy Díaz no las «inventó», lo que hubiese implicado una «malicia vituperable», se limitó a aceptar una «leyenda» aportada por la tradición oral. Su argumento,

expuesto con vacilaciones y reiteraciones, mantiene la oposición entre realidad y ficción, y también mantiene la necesidad de la adhesión del historiador a esa realidad trascendente; sólo así respeta la verdad, de lo contrario miente, a menos que, como en este caso, recoja una leyenda, que «como toda leyenda a de tener un núcleo de verdad», por lo tanto, aunque «los nombres no figuran en los archivos de la época», «ello no invalida del todo la verdad del suceso».¹²

Rojas comienza a reconocer la funcionalidad cultural de los textos históricos, pero queda limitado por el peso de la relación entre historia y verdad absoluta, que le impide relativizar todo texto a la cultura que lo produce.

Si la lengua es un dinámico sistema de significaciones que resulta de y en un sistema sociocultural, debe aceptarse que todo elemento social puede ser significado y que, para los miembros de ese sistema, tiene existencia social todo lo del sistema que puede ser significado y solo eso. Es decir que cualquier enunciado predicativo que incluya una entidad social como sujeto, es, a la vez, un enunciado existencial, y estos enunciados deben entenderse no como una simple referencia sino como actos de construcción colectiva de la imagen del todo social y de las partes que lo construyen. Deben entenderse como la actividad necesaria para poner en funcionamiento las elaboraciones sobre la pertenencia y, en consecuencia, sobre la identificación y la identidad.

Del análisis del discurso sobre el espacio que se encuentra diseminado en los textos de Lucía Miranda y de Maldonada, surge que la organización espacial se sustenta en un espacio físico, la «tierra», potencialmente hostil para el hombre, por ser el habitat de las «fieras» que pueden «despedazarlo», «comerlo» y «devorarlo». Sobre el físico, se organiza un espacio sociopolítico, no menos rígido que el primero, debido a su dicotomía irreparable, uno de cuyos elementos es el subespacio de los «españoles», el interior de la «fortaleza», centrado en la «plaza». Este adentro, donde se localiza el punto de vista del texto, termina en el «muro», del otro lado del cual, sin transición ninguna, empieza el «afuera», el subespacio de los «indios».

Los españoles están organizados en jerarquías militares —«capitán», «sargento mayor», «alférez», «soldados»— y tienen neta superioridad bélica sobre los indios, que están organizados en «pueblos» que reconocen una única jerarquía, el «cacique», de poder

general, al que, por virtudes individuales, pueden adicionarse la «valentía» y la experiencia en la «guerra».

Los indios aventajan a los españoles por su relación con la tierra, saber cultivarla —tienen «maíz»— y aprovechar sus recursos —tienen «carne», «pescado», «miel» y «manteca»— y por lo tanto no padecen «la necesidad de comida» de los españoles, que puede derivar en «hambre». Una hambruna que, por intensa que sea, nunca disuelve la organización militar de los españoles.

Entre estos dos subespacios sociopolíticos reina la hostilidad, que puede ser postergada por una relación temporaria de «paz», de carácter contractual, basada en la complementación, en la «correspondencia». Los españoles se abstienen de la guerra, y se mantienen dentro del fuerte, y los indios les proporcionan alimentos.

Debido a esta «correspondencia», el infranqueable muro del fuerte se hace selectivamente permeable, a través de una «puerta», guardada por «centinelas», que solo permite la salida de los soldados españoles para «buscar» o «recoger» comida, o la «entrada» de los indios para «darla» a los españoles. Todo otro tránsito por la puerta resulta una transgresión e implica, para los españoles, el peligro de que la fortaleza sea «asolada» y de «dejar la vida».

Así como la relación con la tierra, fertilidad-esterilidad, enlaza el espacio físico con los subespacios sociopolíticos del indio y el español, la relación con la puerta, tránsito-transgresión, enlaza los subespacios políticos con los socioculturales. En efecto, la puerta del fuerte se transita en función de la relación política de «correspondencia» y se transgrede cuando el español, cuando su entidad sociocultural de «cristiano», sucumbe al «bárbaro», por haberse convertido en su «cautivo».

En este sentido, Lucía, que el texto en ningún momento califica de hermosa sino de «mujer española», no transgrede cuando, por haber caído el muro de la fortaleza, se convierte en «esclava» de Siripo sino cuando acepta convertirse en su «nueva esposa», en su «nueva mujer», cuando, valiéndose de esa condición, repudia a la india que había sido «mujer muy estimada» de Siripo, quien, en el texto, con implacable lógica discursiva, la califica de «extranjera adúltera». Si el texto la llama «buena Lucía», es sólo cuando Siripo la condena al martirio de la hoguera, que le permite acabar su vida como «verdadera cristiana» mientras pide a Dios que le perdone «sus grandes pecados».

También Maldonada, otra «mujer española» transgrede los límites de la relación sociocultural entre ambos subespacios, porque «desampara a los suyos» y se va «a poder de los indios», uno de los cuales «la toma por mujer». A Maldonada no la redime el martirio, como a Lucía, la justifica la «necesidad», el supremo mandato de «sustentar la vida». El martirio de morir expuesta le fue evitado por la leona que, «usando de su real naturaleza», crea la excepción al modo de relación entre ambos subespacios.

Las dos historias resultan complementarias. La vinculación posible entre ambos subespacios es de naturaleza política, nunca cultural, porque si así lo fuese el español dejaría de ser cristiano para convertirse en bárbaro. Pero la propia humanidad del hombre permite excepciones surgidas de la necesidad y establecidas por la naturaleza real.

Así organizaban la relación primera con el mundo del indígena, en el ámbito rioplatense, los españoles de la tierra, como Ruy Díaz de Guzmán, a comienzos del siglo diecisiete. Todo texto que referían a estos orígenes, distante entonces unos ochenta años, era verosímil en la medida en que respetase y expusiese, con economía y eficacia, esta organización. La verdad no resultaba de la confrontación del texto con un referente externo, cuya existencia, para el historiador es siempre ideal, ya que proviene de otros textos, escritos u orales.

La organización expuesta a partir de las vinculaciones entre el sistema de significaciones de la lengua y el sistema sociocultural, reaparece, como era de esperar, en el discurso superficial de textos de muy otro origen.

En 1570, cuando Ruy Díaz de Guzmán tendría unos diez años de edad, Felipe II reiteró al adelantado Juan Ortiz de Zárate, gobernador y capitán general de las provincias del Río de la Plata, una cédula remitida, en 1539, por su padre, quien entonces ocupaba dicho cargo.¹³

En la cédula original, cuyo texto distingue netamente la «tierra» —el espacio físico— de la «provincia» —el espacio político—, el Rey, informado que que hay «españoles» que se «ausentaron» del «Real» y se pasaron a los indios, y de que allí esos «cristianos» «viven» como los indios, ya que «han comido carne humana», y considerando que lo han hecho por «las necesidades y hambres», manda a su gobernador que «si algunos cristianos /.../ se quisieren venir a esa provincia a estar e residir con los cristianos españoles que en ella residen, los dejéis y

consintáis en venir a esa provincia y estar en ella y no procedáis contra ellos».

El espacio físico y los espacios sociopolíticos y socioculturales a que la real cédula de Carlos Quinto remite, se corresponden con los que surgen del análisis de las historias de Ruy Díaz de Guzmán. En ambos casos los subespacios socioculturales del «cristiano» y del «bárbaro» son estancos, pero el rey, atento a la necesidad, que puede constreñir a sus súbditos, hace la excepción que hizo la leona con Maldonada, usando de su «real naturaleza». El león justiciero, tradicionalmente asociado al trono de los reyes, actúa tal como dice San Isidoro en sus Etimologías: «perdona a sus súbditos».

NOTAS

1. Azara 1943³, XX, 25, 253.
2. Azara 1943³, XX, 14, 244-245.
3. Charlevoix 1756, I, I, 29-32 y 38-39.
4. Guevara 1969, II, 632-636.
5. Aguirre 1947, I, 26-27.
6. Azara 1969, XVIII, 311-313.
7. Techo 1897², I, IV, 45-49.
8. Lozano 1874, II, II, 42-53 y IV, 100-103.
9. Madero 1939, 116-117.
10. Medina 1908, 208, 302.
11. Groussac 1914, n. 52, 264.
12. Rojas 1924, IV, V, 358-361.
13. García Santillán 1928, 285 y 279-280.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, Juan Francisco. 1947. *Discurso histórico*. Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina.
- AZARA, Félix de. 1969. *Viaje por la América meridional*. Madrid, Espasa-Calpe.
- 1943. *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*. Nota preliminar de Julio César González. Buenos Aires, Bajel.
- CHARLEVOIX, François-Xavier de. 1756. *Histoire du Paraguay*. Paris. 2 v.

MIGUEL ALBERTO GUÉRIN

- DÍAZ de Guzmán, Ruy, 1612. *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata* (La Argentina). / Versión propia del manuscrito Asunción/.
- GARCÍA SANTILLÁN, Juan Carlos. 1928. *Legislación sobre indios del Río de la Plata en el siglo XVI*. Madrid.
- GROUSSAC, Paul. 1914. Editor y anotador de: Ruy Díaz de Guzmán. *La Argentina. Historia de las provincias del Río de la Plata*. En: *Anales de la Biblioteca* (Buenos Aires), t. IX.
- GUEVARA, /José/. 1969. *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. En: Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata* (Buenos Aires, Plus-Ultra, 1969-1972, 8 t.), I, 491-826.
- LOZANO, Pedro. 1874. *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Ed. Andrés Lamas. Buenos Aires.
- MADERO, Eduardo. 1939. *Historia del puerto de Buenos Aires*. Buenos Aires.
- MEDINA, José Toribio. 1908. *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de Santiago de España*. Santiago de Chile, Imprenta y encuadernación universitaria.
- ROJAS, Ricardo. 1924. *La literatura argentina. Los coloniales*. Buenos Aires, La Facultad.
- TECHO, Nicolás del. 1897. *Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*. Tr. M. Serrano y Sanz. Pról. Blas Garay. Madrid.